

Y luego levantando la voz, y cual si se doliera del estado de Onkelos, dijo á sus absortos compañeros:

—¡Cómo ha de ser! Onkelos está desatinado y con razon. Un hombre como él aprecia en mas su fama que su vida. Será preciso complacerle en lo de la acusacion fiscal, puesto que de esta manera no dudo que levantará su crédito abatido.

Y dejando la compañía de sus seides, dirigióse al punto donde Anás se hallaba, instruyendo á los nuevos falsos testigos, que Alejandro y Eleazar acababan de conducir allí.

Caifás habló un instante por lo bajo á su suegro. Solo una palabra pudo entenderse, por ser muchas veces repetida. Esta palabra impresionó bastante á Anás, que mirando á Onkelos dijo:

—¡Ese hombre es una furia infernal!... Será preciso darle gusto, hasta que se nos brinde la ocasion propicia de aprisionarle y hacerle para siempre enmudecer.

CAPITULO XV.

En el patio.

Dejemos por breves momentos á Jesucristo en poder de sus enemigos, y descendamos al patio de la casa, porque allí se representa tambien una escena, mas dolorosa tal vez para el Salvador, que la que se representaba en el piso principal del palacio del pontífice.

Y hemos dicho *mas dolorosa tal vez para el Salvador,*

porque en esta escena era el protagonista aquel discípulo tan favorecido, aquel Apóstol amado, que pocas horas antes dijera á su divino Maestro, que primero moriria antes que negarle.

¡Ay! ¡cuán triste habia de ser verse perseguido por unos implacables enemigos, y mirarse abandonado hasta por aquellos seres á quienes colmara de bendiciones y de favores, y con quienes viviera por el espacio de mas de tres años, la vida íntima y confidencial de la familia! Para el Hombre de los dolores no habia un consuelo en este mundo: donde quiera que volvia la cabeza solo hallaba enemigos que se ensañaban bárbaramente en él, ó amigos que en la hora del dolor mostrábanse cobardes y le abandonaban; y si por acaso su vista ensangrentada miraba en torno suyo algunas personas fieles, y si por acaso su consideracion apenada consideraba adictas fielmente á su causa algunas pobres y desvalidas mujeres, veia siempre para aumentar el cúmulo de sus dolores, que los primeros hallábanse seriamente amenazados, y que las segundas gemian desmayadas en brazos de la afliccion mas intensa. Alguna flor que aparece en invierno nos hace olvidar por momentos la rigurosa estacion de los hielos, pero á Jesucristo no iba á consolarle nada, absolutamente nada; todo aumentaba la pasmosa grandeza, la infinita estension de su dolor. Estaba escrito que no habia de hallar consuelo en parte alguna, y en efecto, no existia para él ni en el cielo ni en la tierra. Debia apurar gota á gota la inmensa copa de los dolores morales y materiales; debia decir á los hombres redimidos:

—Yo solo he apurado la inmensidad del dolor, y no seré imitado por ningun hombre. Solo mi naturaleza divina, animada por la incalculable fuerza de mi amor, podia obrar

como ha obrado, y podía resistir lo que ha resistido. Sufrió lo que es imposible que sufran las criaturas, toda vez que era imposible abrirles las puertas del cielo sin un sufrimiento igual. Obra, empresa y circunstancias, son dignas tan solo del Personaje que las ha llevado á cabo!... ¡Mira, amado mortal, cuánto te debe apreciar mi corazón, cuando tanto he hecho por tí!...

Mas dejándonos de consideraciones, que sin duda sabrán hacerse perfectamente nuestros lectores, sin necesidad de que les ayudemos á ello, diremos que un nuevo dolor se estaba trabajando para Jesucristo en el patio del palacio de Caifás, nuevo dolor que infirió una herida profunda en el corazón del divino y enamorado Cristo. Este dolor fue causado por las negaciones de Simon Pedro.

Veamos como fue:

Si mal no recordamos, cuando en el capítulo octavo del presente libro hemos visto pasar por delante de la casa de Marcos, el grupo que acompañaba al Mesías del palacio de Anás al de Caifás, dijimos que seguían al grupo, aunque de lejos, dos discípulos de Jesús, añadiendo que estos dos discípulos se llamaban Juan el evangelista, y Simon Pedro, que fue despues el príncipe de los Apóstoles.

Una tierna curiosidad animaba á Pedro, y por eso lleno de amargura deseaba saber en qué vendrían á parar los durísimos tratamientos, que los judíos prodigaban al Redentor. Esta curiosidad fue para el anciano Apóstol mas poderosa que el miedo, y le impulsó á seguir la comitiva, que conducía preso á su divino y amadísimo Maestro. Sus compañeros desbandados habían huido, ocultándose temerosos en una gruta del valle de Josafat, pero Pedro siguió á la comitiva aunque de muy lejos, sin saber lo que le pasaba, sin acertar á describir los múltiples y variados sentimientos

que combatían su corazón, como el torbellino combate las encrespadas olas, agitadas por el espíritu de la tempestad.

El deseo de complacer á María, la triste Madre, impulsaba á Juan á seguir la comitiva de Jesús, y Juan lo hacia vertiendo amargas lágrimas, y llorando la suerte de su amado Primo, la angustiosa pena de su inmaculada Tía, y el enorme crimen y tremendo castigo que amenazaba al pueblo de Israel. Nada de curiosidad impulsaba á Juan como sucedía en Pedro, solo el amor á la Madre y al Hijo obligábale á seguir paso á paso las dolorosas pisadas del Salvador, durante aquella terrible marcha, que hoy conocen los cristianos de Jerusalem bajo el nombre de *Via del cautiverio*.

Por eso Juan iba, aunque triste y afligido, muy seguro y resuelto, sin temor á los insultos ni á la muerte; sin pensar nunca en lo que le podía suceder. ¿Qué le importaban á él los tormentos y la muerte, cuando veía á su amado Primo combatido por dolorosísimos tormentos y amenazado de una muerte cruel? ¿No era acaso eso mas triste, mas desgarrador, mas amargo cien veces que la muerte y los tormentos? Juan hubiera deseado tal vez en aquel momento el martirio, y esto le sirviera de consuelo y de alegría. Por eso dirigíase hácia la casa de Caifás con paso seguro: el deseo de complacer á la infortunada Madre le impulsaba.

Por el contrario, Pedro caminaba tembloroso, agitado, lleno de espanto, y fingiéndole la imaginación enemigos por doquier. Esto sin embargo, adelantaba y seguía á la incalificable comitiva que martirizaba al Hijo de Dios.

Y así iban los dos Apóstoles sin saberlo el uno del otro, teniendo fijos los dos las miradas en el divino Mártir, y el pensamiento preocupado y el alma turbada por lo que sus ojos veían, sin darle acaso muchas veces crédito, cuando los dos amigos se encontraron.

—¡Juan! — dijo Pedro abrazando afectuosamente á su amigo, y derramando silenciosas lágrimas.

—Pedro; — balbuceó Juan suspirando; — ¿venís á ver hasta donde llega la iniquidad de los hombres?

—¡Quién lo diría! ¡El Maestro preso tan duramente; el Maestro tratado de una manera tan brutal, como nunca se trata á los mas terribles criminales!

—¡Iniquidad de los hombres; dureza de los corazones! ¡Ay! ¡ni los dolores del Señor les mueven, ni consideran las angustias que está pasando la desdichada Mujer, que llevó en sus entrañas á la Salvacion de Israel, que hoy el mismo Israel martiriza, y que mañana sin duda sacrificará!... Hijas de Sion, ¿dónde están vuestros hermanos? El mismo Dios no debe conocerles!

—¡Parece imposible! ¡Cuando considero que cinco dias atrás ese mismo pueblo le recibia en triunfo!...

Simon Pedro agitó tristemente la cabeza, y una lágrima resbalando por sus mejillas curtidas por el sol, vino á humedecer el pavimento de la calle.

Juan le preguntó, deseoso de separarse de su compañero, si por acaso este no llevaba la misma direccion:

—¿Y dónde os dirigís ahora, amigo mio?

—Yo no quiero abandonar á mi Maestro. Moriré si es preciso, pero no le dejaré ni un momento.

El buen deseo engañaba al príncipe de los Apóstoles. *La carne es flaca*, habia dicho Jesucristo aquella misma noche á sus discípulos. ¡Oh! ¡cuán pronto esta advertencia iba á tener una tristísima confirmacion en Pedro, que fiado de sí mismo en exceso, no la tuvo en cuenta!

—Si pues vais resuelto á presenciar todo lo que le sucede al divino Maestro, amigo mio; — dijo Juan al anciano Apóstol; — no debemos detenernos aquí. Sigamos sus pasos

y no le abandonemos ni en el último momento. Que sepa al menos que no todos le martirizan y abandonan; que viéndonos cerca de su divina persona, vea que aun existen corazones que le permanecen adictos el dia de la adversidad, como adictos se le mostraban el dia del triunfo. Vamos, Pedro, amigo mio, vamos á presenciar la incalculable iniquidad de los hombres, y la divina resignacion con que sufre el Salvador del mundo. Una pobre y desconsolada Mujer espera que le dé algunos detalles del martirio de su Hijo, y es un crimen permanecer aquí, mientras mi deber está en otra parte.

Pedro acercándose á Juan, le dijo sollozando, al mismo tiempo que apretaba afectuosamente una de sus juveniles y delicadas manos:

—¡Juan, amigo mio; el corazon se me rompe en pedazos! Le amo tanto; sé que es tan inocente; me ha colmado de tantos favores, y ahora reconocerse uno impotente para libertarle, ahora que necesita mas que nunca de la adhesion y del cariño de sus amigos! ¡Oh! ¡si le pudiese libertar de las manos criminales que le martirizan, con cuánto amor lo haria! Pero bien sabe Dios que por mi parte he hecho todo lo que me ha sido dable para impedirlo.

—Pedro, solo el llanto nos queda para consuelo; lloremos la ingratitud de un pueblo tan amado de Jesús; lloremos sobre todo los martirios con que se atormenta al divino Maestro, y las incalculables penas que desgarran el corazon sensible de su pobre y desdichada Madre. ¡Ah Pedro! ¿qué son nuestros dolores y nuestras angustias comparados con los tormentos de Jesús y con las aflicciones de la tierna María? ¡Ojalá sacrificando mi vida entera al dolor, me fuese dable aliviarles de su congoja un momento siquiera; ojalá fuera así y yo me reputaria feliz!

Juan el Evangelista hizo una pequeña pausa, y cual si tuviera un remordimiento por haberse detenido á dar expansion á su pecho, mientras que su deber de hijo le llamaba á otra parte, continuó:

—Pero es hora de partir, y aquí pierdo un tiempo precioso; aquí hago traicion á la confianza que la mas triste y desolada de las Madres ha depositado en mí. Vos, Pedro, si sentís que el valor os falta, no continueis vuestro camino; en casa de Marcos hallaréis á la desdichada Mujer, que olvida hasta sus dolores, para dar un consuelo á los que se agrupan en torno suyo para llorar tanto infortunio. Yo proseguiré; el deseo de complacer á la infortunada María daráme fuerzas, para no morir de pena y sentimiento, contemplando la manera como los verdugos de la mas pura de las Víctimas, se ensañan en atormentarla.

—Tambien quiero acompañarte, Juan; deseo saber en qué para ese horrible drama, cuyas primeras escenas hemos presenciado. Este deseo me animará tambien para no morir de dolor, viendo la saña con que los verdugos atormenten á Jesús.

La curiosidad animaba á Pedro y la curiosidad es un mal auxiliar para dar fuerzas á los hombres en los lances difíciles y espuestos de la vida. Juan, aunque traspasado de dolor, iba á presenciar escenas sangrientas para mitigar en cierta manera los dolores de María; una idea noble, digna, levantada, le animaba; por eso no vaciló nunca, puesto que le prestaba decision y fuerzas el recuerdo y el encargo de una Madre, cuyo único consuelo podia venir de las pruebas infinitas de amor, que Jesús sufriendo tan atrocemente, daba á los hombres. Pedro animado y conducido por una idea mezquina en gran parte; Pedro conducido de la mano por la curiosidad; Pedro fiando en que la curiosidad le da-

ria fuerzas y vigor á su alma, era hecho semejanza del que en débil y cascado esquiife se lanza al mar, cuando las olas enrespadas y turbulentas amenazan con sumergir á los navíos mas resistentes y mejor construidos. Y la curiosidad vendió al anciano discípulo: el que apoya con fiadamente en una frágil caña todo el peso de su cuerpo, ¿qué tiene de particular que viendo roto su apoyo venga al suelo?

Los dos discípulos adelantaron silenciosos hácia el palacio pontifical, donde, como hemos visto, introdujeron los verdugos á Jesucristo, para llevarle arrastrando, ante la presencia del inícuo tribunal, que ansioso y calenturiento le esperaba.

Algunos momentos despues llegaban los dos Apóstoles á la casa del malvado Caifás, y Juan iba ya á penetrar en ella, cuando Pedro le dijo:

—¿Nos dejarán libre el paso?

—Yo puedo entrar á todas horas, porque tengo la desgracia de ser conocido del pontífice, y sus criados no han de oponerse á mi deseo.

—¿Y yo podré entrar tambien?

Juan el Evangelista observó que á Pedro le temblaba la voz, en el acto de dirigirle la última pregunta; así es que juzgando acaso que su anciano amigo le seguia por compromiso, le dijo:

—No dudo que con mi recomendacion la portera os franqueará el paso, y que os será fácil la entrada, mas si os he de dar un consejo Pedro amigo mio, os diria que no insistierais en el empeño que demostrais.

—¿Por qué?—preguntóle el anciano Apóstol, reuniendo todas sus fuerzas, para que su pregunta pareciera encerrar una decision firme.

—Lo ignoro, amigo mio;—le contestó Juan tristemen-

te, puesto que se hallaba dominado por algo que semejaba un presentimiento doloroso; — pero temo que van á caer sobre vos no sé que desgracias, si por acaso penetrais en esta casa.

— ¡Desgracias! — exclamó Pedro; — ¿y á mí qué me importa lo que me puede suceder, si logro ver al divino Maestro por una vez mas? ¿Pueden asesinarme los verdugos de Jesucristo? ¿pueden juntar en el martirio y en el suplicio mi compañía á la del Salvador? ¡Oh! ¡si fuera así, yo me daria por dichoso con poderle testificar de semejante manera, la adhesion y el amor que he sentido por él, desde que tengo la dicha de conocerle!

Las palabras de Pedro eran una excusa, mas que una decision resuelta; eran un cobertor de su curioso empeño, mas que un grito salido del fondo de un corazon adicto; ¿quién sabe si fueron una vana fraseología ó una vanidad menguada? Despues de todo, la verdad es que Pedro al responder á Juan no tenia segura y firme la voz, como parece que debiera tenerla, á juzgar por el sentido enérgico de sus frases.

Juan suspirando dijo:

— ¡Quiera el Señor preservaros de todo mal!

Despues penetró en la casa de la iniquidad, donde los jueces mas indignos y criminales de la tierra se hallaban reunidos, para condenar la divina inocencia al afrentoso patíbulo que la deseaban.

Al respirar el aire de aquella casa, emponzoñado por el infierno, Juan se estremeció como la sensitiva se estremece, cuando un inmundo insecto viene á profanar sus pétalos descansando en ellos; Juan se estremeció como la vírgen púdica lo hace, cuando advierte que se ha fijado en su immaculada hermosura una mirada lasciva, cuando advierte

que un pensamiento impuro profana la belleza cándida de su alma. Esto sin embargo, Juan acordóse de María la desolada Madre, y aquel recuerdo cariñoso dióle fuerzas para ocultar su impresion en el fondo del alma acongojada.

La portera vió en la persona de Juan un conocimiento de los muchos del pontífice, y no tuvo ningun reparo en dejarle libre el paso, mas viendo que Pedro seguia con apocamiento los pasos del discípulo amado, y no acordándose de haberle visto nunca en la casa, cerró la puerta de un golpe, dejando en la calle al anciano y curioso Apóstol.

¿Era esto una disposicion providencial del Señor, que procuraba apartar á Pedro de aquel lugar de peligro para él, ó fue tan solo un movimiento de desprecio, que inspiró á la esclava el modesto porte de Pedro? Nosotros nos inclinamos á creer que fue una y otra cosa.

El anciano Apóstol quedóse pesaroso y cabizbajo en los umbrales exteriores de la puerta, mas no por eso abandonó su propósito de penetrar en la casa, para cuyo efecto resignóse á esperar que la puerta se abriese de nuevo, ya para franquear el paso á los que entraban, ya para darlo libre á los que salian, pues unos y otros hacíanlo con vertiginoso movimiento.

Mientras tanto Juan decia á la esclava del pontífice, encargada de la portería, como era costumbre en la mayor parte de los pueblos orientales:

— ¿Por qué no dejas libre el paso al anciano que me iba siguiendo?

— He creido que seria un curioso, y como no recuerdo haberle visto nunca en esta casa, y como por otra parte su porte es el de un mendigo ó poco menos, he pensado que los curiosos estaban muy bien en la calle; de otra manera la casa se nos va á llenar de todos los pordioseros y va-

gabundos, de que en estos dias se halla Jerusalem henchida.

—No es pordiosero ni vagabundo, sino un hombre de bien que iba en mi compañía, y te ruego que le franquees el paso:—contestóle Juan, con ese tono humilde tan natural en él, y al cual no estaban habituados los esclavos de aquel tiempo.

La portera, para no desairar á Juan, pero muy de mala gana, abrió la puerta para que penetrase Simon Pedro en la casa. ¡Triste condicion humana! ¡Aquella mujer, oyendo el ruego humilde de Juan, hizo de mala gana lo que con aire risueño se apresurara á cumplir, si el discípulo amado se lo mandara en tono despótico é imperante!

Y dijo á Pedro, que aturdido y meditabundo, apenas se dió cuenta de que la puerta acababa de franqueársele:

—¿Qué aguardais? ¿Acaso presumís que he de tener abierta toda la noche esta puerta, esperando que se os ocurra entrar? ¡Anda! Pronto, porque como no pienso quedarme hecha un carámbano aquí, si no entráis luego, cierro.

Pedro mas y mas aturdido al oír el lenguaje descocado de la esclava, volvióse á ella, y le preguntó con timidez:

—¿Hablais conmigo, mujer?

—No; con el cancel de la puerta.

Pedro quedóse sofocado, de frente á la mujercilla que le hablaba, sin tener valor siquiera para mirarla, y la esclava hallando tal vez ocasion oportuna para vengarse, en la persona de aquel anciano, de los desprecios que de otros recibiera, con tono mas resuelto y mas provocador prosiguió:

—¿Pero entráis ó no? Ya no me faltaba otra cosa en esta noche tan fria, mas que aguantar vuestros extraños caprichos.

—Disimula, mujer;—díjole humildemente el sofocado Pedro, penetrando en el palacio con paso inseguro y vacilante.

La criada cerró de un golpe la puerta, murmurando por lo bajo algunas impertinencias, que acabaron de sofocar mas y mas al desdichado Pedro, y con un ademan de mujer de rompe y rasga, que se halla entre gente de su calaña y entre sugetos de su *posicion social*, dirigióse al centro del patio de la casa del pontífice, donde los soldados y los verdugos estaban reunidos en torno de un brasero que iban á encender.

Pedro de improviso no supo donde dirigirse ni qué hacerse allí. Juan no estaba en el patio, pues como era conocido del pontífice, nadie trató de impedirle el paso cuando se dirigió al piso principal, donde se hallaba el Salvador del mundo; donde estaba la inocencia divina, ante un tribunal compuesto de criminales animados por el espíritu de Satanás.

Los porteros impidieron á Juan la entrada en el salon donde el Sanhedrin se hallaba reunido, y aun cuando el discípulo amado esperaba ya aquella negativa, quiso, sin embargo, intentar semejante paso, para ver si lograba presenciario todo, á fin de complacer los justos deseos de la tristísima Madre del Salvador.

Resignóse, pues, á quedarse en una cámara separada de la del tribunal, y á confundirse entre los compañeros de Malco, que, como criados del pontífice, permanecian en el piso principal, refiriendo sus *proezas*, llevadas á cabo en la persona de Cristo durante aquella noche.

Malco, sobre todo, estaba sumamente complacido. Sus compañeros le admiraban, celebrando particularmente la bofetada que el malvado dió al Salvador en la casa de Caifás.

Malco callaba, y si algunas veces desplegaba los labios, era solo para decir una que otra palabra aislada: creyó tal vez el infame que cuanto mas hablara de sí, menos interesante aparecia en aquella reunion de diablos encarnados. Y creia bien; ¿á qué alabarse cuando los demás lo hacen hasta la saciedad?

Juan oyendo tales relaciones se estremecia horrorizado, pero luego procuraba serenarse, porque su turbacion hubiera sido motivo de que sospecharan de él, y en este caso ó le prendieran ó le arrojaran de allí. En ambos casos el discípulo amado no hubiese podido satisfacer los deseos de María, y hubiera, sin duda, aumentado el dolor que la afligia, considerando que por su causa, su hijo adoptivo cayera en poder de los enemigos jurados del nombre de Cristo.

Atento á todas estas consideraciones, el noble Juan hacia esfuerzos inauditos para mantenerse sereno en la apariencia, mientras que tan conturbado se hallaba en el fondo, y rogaba á Dios no le dejase de su mano, y le revistiera de una gran dosis de prudencia, al menos por amor á María.

Terminaba una súplica dirigida al efecto, cuando Malco fijóse en la figura hermosa de Juan, y le examinó atentamente por breves momentos.

Despues levantándose bruscamente dijo á Juan:

—¿Quién eres?

—Cuando á esta hora me ves en los salones de la casa del pontífice, debes pensar que soy uno de los conocimientos de Caifás.

Juan supo decir esto con un orgullo tan aparente, y con una firmeza tan inverosímil, que Malco se dió desde luego por satisfecho, y no solo por satisfecho, sino que creyendo haber ofendido con su grosería á un conocido del pontífice,

cambiando de entonacion, y como quien pretende dar una excusa á un gran personaje, le dijo:

—Perdonad si os he ofendido con mi brusca pregunta, pero ya comprenderéis que habiéndoos tomado por uno de los sectarios del Nazareno, mi grosería es disculpable.

Juan no contestó á Malco, contentándose con mirarle con desprecio. Esta mirada, á buen seguro que engañó á Malco, puesto que iba á repetir sus excusas, cuando el Apóstol dirigió sus pasos á otra parte.

Mientras tanto, en el patio la criada mezclada entre los verdugos, y manteniendo con ellos animadísima conversacion, miraba con recelo, de vez en cuando, á Pedro, á quien la confusion vendia traidoramente.

Y mientras la criada seguia mirando á Pedro, dijo por lo bajo á uno de los herodianos que tenia cerca:

—Fíjate en aquel hombre, y dime si no te parece sospechoso?

El herodiano se puso á reir viendo el misterio con que la criada le hablaba de Pedro, y sin dignarse mirar al Apóstol, dijo:

—¡Pues qué! ¿Tienes miedo, ó acaso presumes haber descubierto una conspiracion tenebrosa?

—Fíjate en aquel hombre: — repitió la esclava con insistencia mujeril.

El herodiano miró al príncipe de los Apóstoles, que temeroso se acercaba al fuego, y luego volviéndose á la esclava le contestó:

—Veo á un viejo, de quien el frio se ha apoderado hasta el extremo de acobardarle.

La esclava hizo un espresivo movimiento de duda con los hombros y se resignó á callar, mas no por eso quedó convencida, ó por lo menos aparentemente indicó que no

lo estaba. La verdad es, sin embargo, que la esclava no sospechaba de Pedro, sino que viéndole acobardado y aturdido, gozaba ensañándose en él, y hubiera deseado mortificarle grandemente. ¿Por qué? ¡Misterios del corazón humano! Aquella mujer se suponía autorizada para obrar así, desde el momento en el cual Juan prefirió rogarle que dejase entrar á Pedro, antes que mandárselo.

Y Simon Pedro iba acercándose al brasero encendido ya en mitad del patio, que estaba al aire libre, guardando exactamente la misma forma de los claustros de un convento. En el centro habia el patio, del cual tomaban luz y ventilacion las habitaciones superiores, y los cuatro lados respectivos hallábanse cubiertos con pórticos uniformes. Varias puertas abiertas en las paredes del fondo daban paso á las habitaciones superiores y á las del piso bajo, donde moraban los criados de la casa.

La esclava viendo que Pedro se acercaba, pensó que habia llegado la ocasion de mortificarle, y así es que no se movió del centro del patio, esperándole junto al brasero:

Mientras tanto los soldados decian:

— Por Baco y Caco que el relente de la noche es frio y penetrante, hasta el extremo de entumecer los miembros. ¡Oh! ¡y qué buen amigo es el fuego, cuando no hay qué hacer y se tiene frio!

— ¡Por Vénus y Marte, mis divinidades favoritas, — añadió otro soldado romano, — que son bien estrañas las noches de primavera en Palestina! El rocío que cae es tan copioso y fresco, que no parece otra cosa sino una llovizna de invierno en las regiones del Ponto Eusino.

— Bueno es el fuego, compañeros, para que no se entumescan los miembros.

— Afortunadamente esta noche tenemos largo entrete-

nimiento con el preso. Ya veréis como se nos pasa el frio, y como nos olvidamos del relente y del rocío, tan pronto como nos entreguen de nuevo al Nazareno.

— ¡Es una diversion muy agradable la de matar el tiempo jugando con él! ¡Vale todo un imperio la cara que pone cuando se le asesta un puñetazo en las narices, y se le arima un puntapié á la tripa!

— ¡Oh! ya veréis qué noche mas divertida pasarémos; ya veréis. Entonces nadie se acordará de que haya hecho frio desde que mundo es mundo.

La criada pensó que habia llegado su vez, no bien pudo observar que la conversacion de los verdugos llegaba á este punto, y dijo mirando fijamente á Pedro:

— Pues señor, si teneis ganas de divertirnos mientras tanto, no ha de faltarnos sugeto en quien os empleeis, y por cierto que si el tal *personaje* es lo que me presumo, mucho gusto daréis con ello á los pontífices.

— Mujer, ¿qué dices? — preguntáronle todos á una.

— ¡Ya veréis! — añadió la criada haciendo complacida un gesto lleno de satisfaccion.

Y dirigiéndose á Pedro, aturdido por el frio, el miedo y la compañía, púsole desenvueltamente una mano en el hombro, y mirándole de hito á hito, con entonacion descocada le dijo:

— Oye, tú; me parece que por fin te reconozco.

— Mujer; ¿á mí? — preguntóle Pedro sorprendido por el ex abrupto de la esclava, y temeroso por lo que le podia suceder.

El desgraciado apóstol no hubiera hallado mas palabras en su mente, aun cuando le amenazaran de muerte si no proferia algunas mas. ¡Tanto era su espanto, y tan grande la sorpresa que de recibir acababa!

La criada, considerando el efecto que en Pedro su pregunta habia producido, con el mismo descoco, y con mas complacencia aun, prosiguió:

— Sí; por fin te he reconocido. Tú eres de los del Nazareno, y vienes aquí á espiar, para que mañana tú y los tuyos, podais promover un motin al objeto de salvarle.

Los soldados, distraidos hasta entonces, empezaron á tomar interés en aquella escena, y al efecto pusieron indecisos sus miradas fieras, en la pálida y espantada figura del anciano é imprudente apóstol.

Este se hallaba lívido, tembloroso, sudoriento, lleno de pavor y agitado por un temor parecido al de la muerte. El miedo desencajó sus facciones, y los ojos escesivamente abiertos y salientes, no veian en torno suyo mas que objetos confusos, que rodaban ante su presencia con vertiginosa rapidez. Despues la mirada insolente de la esclava, y las amenazadoras de los verdugos de Cristo, se hallaban fijadas en Pedro de una manera tal, que el pobre anciano hallábase, como vulgarmente se dice, sin sentidos.

Sus labios sin color palpitaron como si intentara pronunciar algunas frases, pero su lengua permanecia inmóvil, y su garganta seca no mandaba á los labios un sonido articulado. En aquel momento Simón Pedro hallábase combatido por dos diferentes temores, por dos encontrados sentimientos, que agitaban su alma con mas intensidad aun de lo que agitaban su corazon cobarde las miradas amenazantes y escrutadoras de la esclava y de los verdugos.

Estos dos sentimientos provenian el uno de Cristo, de aquel Maestro adorado, á quien habia dicho aquella misma noche que no negaria nunca, por mas que para confesarle hubiera de arrostrar la muerte; el segundo provenia de su apego á la vida: en concepto de Pedro el momento era lle-

gado de probar su fidelidad al Señor, confesándole en medio de los peligros que le amenazaban... ¡Pero la vida!... Perder la vida, y perderla entre atroces tormentos; sentir desgarradas las carnes, sentir rotos los huesos; sentir que la sangre brota de los ojos, de las orejas, de la boca; sentir hundido el cráneo por los golpes furiosos de los verdugos; recibir insultos, bofetadas, mofas, y en medio de esto recibir en el rostro los asquerosos esputos de aquellos malvados, sedientos de sangre... verse arrastrado por las calles, recibir puntapiés y despiadados golpes, como si fuese un perro moribundo entregado á los pilletes de las grandes capitales, y por fin despues de todo esto, esperar una muerte afrentosa, cruelísima, aterradora, prolongada, interminable!... ¡Oh!...

Estremecióse Pedro considerando rápidamente todas estas cosas, y sintió que carecia de fuerzas y de decision para probar su amor á Jesús con el martirio. Mas ¿qué hacer? No contestar era el mejor partido que podia tomarse; pero el silencio ¿no era acaso una confesion esplicita? ¿No significaria mas el mutismo de Pedro, que todo cuanto podian significar sus palabras?

¡Pero negar á Jesús, negar á aquel amado Maestro, al compañero inseparable, al amigo perfecto, al hombre que le habia llenado de distinciones, que le habia colmado de favores, que le habia hecho muchas veces las confianzas mas tiernas!... ¡Negar á quien le colmara de beneficios, á quien el apóstol mismo confesara por Hijo de Dios, al Hombre que encendiera en su alma la antorcha de la ciencia de Dios, y en su corazon el santo fuego de la paz!... ¡Negar al Amigo divino, que no se habia desdeñado de bajarse á Pedro, para elevar el pescador de Genazareth á maestro de la sagrada ciencia, á príncipe de los Apóstoles, á lla-